



**Frank Estévez Guerra**

## **En el espejo de la memoria**

A Mariate

- I -

Soledad del papel  
que yace quieto y blanco en su silencio;  
solitaria quietud donde las horas  
avanzan en la noche hacia el encuentro  
de ese verso que anhela ser cautivo.  
Veleidad de los signos  
que se agolpan buscando el heroísmo;  
eclosión de sinónimos que irrumpen  
por designar ideas inefables  
vagando hacia el misterio del poema.  
Así es que la palabra es el espejo  
que refleja la voz de la memoria.

Como las estaciones, el recuerdo,  
el eco del ayer pidiendo paso;  
opuestas manos bajo el tiempo erguidas  
palpando con urgencia el espejismo.  
Abrió la primavera sus ventanas.

Siente calor el arco que se forja  
en los dedos que aventan presurosos  
abiertos abanicos al verano.

Las lluvias se aproximan,  
se abren, en dos, los pétalos del miedo  
y la piel va cerrándose  
abrigando en su lecho aquella efigie  
de un otoño invadido de hojarasca  
e impregnado de otoños llameantes.

Ya todo da lo mismo a la añoranza  
si hoy precisa refugio la osamenta;  
no distingue palacio, cueva o choza,  
es invierno, y le basta a todo anhelo  
la cómplice caricia que proclama.

- III -

Gemir con el silencio que palpita  
por la inminente evasión  
que invita a rebelarse al argonauta.

Callar, bajar la voz, dejar de lado  
el lado brusco que nos late adentro.

Ceder por concesión de lo invisible,  
para buscar en nuevos tactos  
el desliz de las manos de otros siglos,  
acuñando en el barro,  
en la tablilla que se presta

-cuneiforme-  
lineales secuencias imperantes.

- IV -

Silencioso gemido nos persigue  
con ávido fulgor esta mañana  
entre las simples cosas matutinas  
y bajo las tenues voces cotidianas;  
advierto tras la sombra otro sentido  
que el que otorga este sueño a su morada.  
Resisto las pasiones y se angustia  
esa frágil ternura que me embarga.

No soy yo quien me obliga a ser yo mismo.

Siento pasos buscando la fragancia  
donde emana el aroma enloquecido;  
ah, los gestos fugaces nos delatan  
por arropar secretos bajo auroras.  
En los ojos reposan nuestras voces  
y se esconden más voces que le aguardan  
agitando el rumor de los silencios  
en la noche tenaz que nos abrasa.

Barrio antiguo de casas coloniales,  
manantial silencioso de la plaza  
donde brilla el latido del deseo  
contenido en la esencia que le ampara:  
ya se alejan dos sombras por las calles  
y en opuestos sentidos van sus ansias.

- V -

Aquí que yace un gesto del olvido  
entre rostros ausentes, solitarios;  
aquí que recrimino,

aquí que estoy bregando.

Aquí, que estando allá pierdo mi sitio  
y otro vive por mí su ajena vida,  
como el susto que admito  
en la página escrita.

Aquí, que estando aquí tengo mi fiesta  
y entre fingidos gestos soy yo mismo  
la más temible fiera  
y el más cercano amigo.

- VI -

En el principio era el logos  
porque el logos fue siempre  
principio y fin de toda la existencia.

Cuando el verbo se hizo carne  
habitó entre nosotros  
(rompiéndole al silencio  
los labios que declaran)  
a través del caudal de la palabra.

Las frases deslumbraron con su voz  
porque en él la vida estaba,  
siendo luz en la oscura muchedumbre.

Habitó en este mundo  
pero no le supimos conocer.  
Buscamos el delirio con adornos  
y perdimos el tiempo edificando  
entre ladrillos: barro de la ausencia.

No escuchó la palabra su razón  
ni razona este verso cuando surge,  
sólo teme perderse  
en la página escrita donde nace  
la sonora cadencia que le asiste,

resistiendo al lamento y su aureola  
cuando el hombre revive su pasado.

Voz clamando en el desierto  
le anunció;  
donde el clima es dolor de tierra yerma,  
donde oprime la arena en cada soplo  
que acumula el enigma. Petroglifo  
del sonoro temor que nos persigue.

- VII -

Caracol, por el lento caminar  
tan paciente y seguro,  
envidio su serena condición.

Yo que humano nací, fuente de impulsos,  
tropiezo y me confundo de camino.

Y usted, cerebro de babosa esencia,  
se acurruca  
respirándose  
lentamente,  
mientras el corazón se me desboca.

- VIII -

Dejar el odio incólume que abunda  
en esta sementera  
y usar la rabia por seguir la luz  
que dirija el sendero al caminante.

Buscar de nuevo el gesto  
con sereno ademán  
acallando el sentido de lo efímero,  
la vana terquedad que nos azota,

para apagar en silencio  
la duda que acontece.

Ocultar bajo llave  
la idea presurosa  
que osa juzgar sin juicio, previamente,  
sin reparos ni prudencias  
nuestra firme obsesión  
de llevar hasta el fin la ardiente ceremonia  
que precede al lamento.

Finitud contumaz de verso ausente  
donde aflora la luz de otro poema:  
has llegado a la voz de las estrofas.

- IX -

El poeta se adentra en la espesura  
del bosque blanquecino que sortea,  
se torna explorador de los espacios  
y excava monumentos del pasado.

El poeta convive en la espesura,  
destila soledades en silencio  
hablando en su interior consigo mismo  
para gritar después a los lectores.

El poeta rezuma la espesura  
entre tanto ramaje que le acecha,  
se enreda entre los árboles y piensa  
si acaso no estará dejando paso.

El poeta también es la espesura  
porque habita este bosque que le cerca,  
no busca ser el lema de las horas  
pero inunda de tiempo los minutos.

El poeta fallece en la espesura  
porque apenas comprenden sus pesares;

el bosque blanquecino ya se enluta  
y hospeda un cementerio de epitafios.

- X -

Un beso es sólo un beso -me decía.  
Un beso es más que un gesto,  
-sus labios repetían.  
Y en el último duelo  
mis labios en sus labios se fundían.  
¡Oh, qué sueño!  
En los suyos mis labios se crecían.  
Al permitir el triunfo de aquel juego  
desbocó tanto sueño en la mentira.  
Por eso es que tan sólo fue su beso  
la fugitiva unión de dos salivas.

- XI -

El perfil de estos rasgos hoy designan  
sus estériles sentidos  
y alimentan los signos y devoran  
blancas espumas de rabioso estilo.

Significado a veces inefable  
del poema interior,  
donde admira el latido su demora  
como espejo que irrumpe  
del asombro en los rostros de la calle.

Andar con paso lento hacia el avance.

Hundirse en la blancura al desamparo  
del oscuro rumor que alberga el miedo  
en la lúgubre estancia que nos late.

- XII -

Golpear en el yunque al son tenaz  
de la palabra escrita,  
la poética forja  
que contiene el misterio del latido.

Ígneo colofón donde se blanden  
en bronca lucha misteriosas huestes  
del fondo y de la forma,  
en versos que se escriben  
para extenderse y proyectarse altivos  
contra el abismo ignoto de la nada.

Golpear con la letra que acaricia,  
derramando sutiles transparencias  
que descubran el tácito versículo  
escondido en las vísceras del alma.

Prenderse en el fulgor de cada instante  
en que yacen oscuras  
las pasiones de sílabas vertidas,  
forzando las ideas verdaderas  
por ser, más que fragancia,  
la esencia y néctar de la voz que gime.

- XIII -

Salieron a jugar los caracoles  
después de la tormenta  
bajo el sol.  
Con temor  
en sus ojos-antenas,  
quedaron asombrados de las flores.

Un joven caracol  
que se encontraba solo y apartado  
de los otros,



se murió.

El joven feneció pisoteado.

Mientras, los que iban juntos,  
también fueron  
pisoteados como aquél que, solo,  
no lo pudo evitar.

El mismo pisotón mató al aislado.

- XIV -

¡Despierten de la envidia,  
poetas insulares!  
y busquen  
humildes sentimientos que perduren  
también entre los versos.

Destierren al lotófago que habita  
en su roca volcánica  
donde insisten, bregando en las corrientes,  
legiones perseguidas por legiones.

Retomen el bastión arrebatado,  
fundando un nuevo hogar  
con seres tolerantes que practiquen  
el oficio, el sincero compromiso  
del hombre con el hombre.

Abracen a los jóvenes poetas  
que andan sin rumbo y desfallecen  
guiándolos a la fuente  
donde antaño bebieron  
-con más caudal y menos bocas-  
esos labios que afirman ser de ustedes.

(La patria del dolor se desconoce

porque es imaginaria su frontera.)

Despierten del sopor que nos invade  
que empiezo a estar cansado de mí mismo.

- XV -

Alcancé con acero alguna espalda  
y entre sangre caliente anduve preso  
del indolente horario de la ausencia;  
allí nadie te escucha, sólo el viento.  
En el mar visitó la muerte al hombre,  
al amigo que pudo ser librado;  
y se esfumó en las tascas la derrota.  
A la patria serví contra corriente  
con prudentes razones y evasivas.  
Adorné otras puertas con denuedo  
olvidando pintar la propia jaula.  
Algún árbol planté, pero en la tierra.  
Toqué la mansa flauta tristemente  
simulando ser música en la noche.  
He cargado mochilas de recuerdos  
y en los suelos más pulidos dormí  
y también en los más degenerados.  
Habité con las hierbas clandestinas  
y el aroma del ron tuve en las quejas.  
Le sustraje pasión a ese derecho  
de ser cuerpo y placer libidinoso.  
Pero tuve una cruz ante mi lecho  
que una noche cayó sobre mi cara;  
a raíz de aquel hecho conocí  
la siniestra oración de lo pagano.  
No fue la religión sino el encuentro  
con aquel que cargó con mis pesares  
la razón de la luz en estos versos.  
Aseguro que aquí se verán muchos  
como espejo del alma que llevamos.  
Desde aquí gritaré a mi falso aspecto  
y al papel permisivo del que educa;  
si me admiten el verso quiero hacerlo  
que ya tengo hasta ganas de vivir.

- XVI -

Evanescencia de sombras.  
La humeante espuma blanca  
tiñe el techo azul del tiempo  
entre destellos de plata.

El cielo en quietud se expande  
sobre el vaivén de las aguas;  
bajo el espejo recrea  
su cabellera la playa.

En el rumor del ensueño  
se amontonan alboradas  
y hacia el umbral de la noche  
otra noche se agazapa.

¿Quién es el que no responde?  
Más luz el alba derrama  
en el oscuro silencio  
del gravitar de palabras.

Celeste humedad penetra  
en la osamenta del alma,  
porque este cuerpo navega  
junto a Caronte en la barca.

- XVII -

Por la razón cabalgo hacia tu lecho  
y esgrimo en esta mano  
la lírica misión del arrebató.

Reposo junto a ti  
y junto nuestros cuerpos en el tálamo  
hurgando en la premura de tus ecos.

Habito en tu interior, con tu permiso;  
por entrar y salir, con mil destellos,  
derrocho con fervor todas las fuerzas  
y emanan nuestros mundos su cansancio.

Te inundo el recipiente  
donde aguarda ese brote de la vida  
y esparces en la sábana tus huesos  
sobre el blanco fulgor donde descansas;  
y caigo sobre ti, pero sin fuerzas,  
y exhala mi interior algún suspiro  
y algún vago ¡te quiero! se desploma  
en el último intento de llenarte.

Y al fin desde el silencio que nos mira  
se inicia el primer verso del poema.

Llené tu blanco lecho  
con la lírica voz del arrebató.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**